

LA PARÁBOLA DE JESÚS

Dice Mateo en el capítulo 13: *Todo esto lo decía Jesús a la muchedumbre por medio de parábolas, y no les hablaba sin parábolas*. Por medio de ellas, Jesús quiere revelarnos el misterio de Dios y también responder a la pregunta del salmista: *¿Qué es el hombre?* Y esa respuesta será: “El hombre es la única criatura que Dios ha amado por sí misma y que ha creado para hacerla participar de su vida y su felicidad”. En el origen de la historia humana se encuentra el amor del Padre que, viviendo eternamente en la relación con el Hijo y el Espíritu Santo, se comunica a los hombres en la plenitud de los tiempos con la misión de Cristo y el envío del Espíritu Santo.

Los apóstoles –y nosotros con ellos- llegamos a comprender esto (*Jn 16,29*) solamente cuando Jesús les revela que él, su vida misma, es una parábola, no ya entendida en sentido literario, sino en sentido geométrico: *Él sale como el esposo de su alcoba / contento como un héroe, a recorrer su camino, / Asoma por un extremo del cielo / y su órbita llega al otro extremo* (*Sal 19 [18],6-7*). El misterio de la encarnación y la revelación del Padre que nos trae está inscripto en una misión (*Jn 3,14*), un itinerario parabólico que podríamos resumir apretadamente en el texto de *Jn 16,28*: ***Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y voy al Padre.***

Salí del Padre...

El origen de la encarnación está en una comunicación de amor que es donación total y recíproca, que se “desborda” sobre el mundo en la “misión” de la Palabra que *estaba en Dios y era Dios* (*Jn 1,1*), por eso nos ha podido dar a conocer al Padre (*1 Jn 1,18; Jn 14,7-10*), a *quien nadie conoce sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo* (*Mt 11,27*) y “revelarnos el plan de Dios sobre toda la creación y, en particular sobre el hombre” a quien le descubre “la sublimidad de su vocación”. Le muestra esa vocación revelando el misterio del Padre³²¹ que busca al hombre movido por el amor de su corazón³²² que quiere hacernos sus hijos y comunicarnos su felicidad.

Nosotros, como Jesús, también *hemos nacido de Dios* (*1 Jn 5,1*), tenemos nuestro origen en el amor fontal del Padre (cf. *Ef 1,3-14*). Solamente por el conocimiento y la experiencia de esa comunión de amor, podemos conocernos a nosotros mismos, conocer al Padre y darlo a conocer (*1 Jn 1, 4*). Si nos llamamos cristianos y no conocemos al Padre, podemos convertirnos en un “escándalo”, es decir en una piedra de tropiezo para nuestros hermanos (Cf. *Jn 16, 1-4*).

Queremos transmitir a Dios. Para ello tenemos que preguntarnos : *¿Lo conocemos? ¿Conocemos de verdad a Dios? ¿Conocemos al verdadero Dios?* Este conocimiento ¿es fruto de largos años de búsqueda, de familiaridad con la Palabra o de fidelidad en el don, que nos va haciendo experimentar a la vez nuestra miseria y la misericordia que nos salva, como el camino más seguro, el que lleva al impulso evangelizador más auténtico y generoso, más duradero y eficaz, el que cada uno de nosotros tendría que recorrer?

Se trata de conocer al Padre que Jesús nos ha revelado con su palabra y con su vida, un Dios que es padre y madre a la vez, que es lento a la ira, clemente y misericordioso, que quiere darse totalmente a sus hijos pero que respeta nuestra libertad hasta tal punto que nos permite alejarnos de él³²³, pero que nos instruye, nos corrige, nos espera y está dispuesto a acogernos cuando nos hemos alejado y a perdonarnos cuando lo hemos ofendido, que nos busca, que toma

³²¹ JUAN PABLO II, *Tertio milenio adveniente*, n° 4.

³²² *Id.*, n° 7.

³²³ El teólogo A. GESCHÉ afirma, citando a Hölderlin : “Dios ha hecho el mundo como el mar hace la playa, retirándose”.

la iniciativa, que nos colma de amor y de ternura, pero que también establece lo que es bueno y lo que es recto y nos advierte sobre las consecuencias de tomar un camino equivocado (*Dt 30, 15ss*), que nos habla con claridad para que no se extravíen nuestros pasos. Un Padre.

Es a través de la oración, de la unión con Cristo y la docilidad al Espíritu Santo que podremos conocer verdaderamente al Padre.

Para quienes han padecido experiencias traumáticas de paternidad en su familia esto puede ser un gran obstáculo para conocer la paternidad de Dios. Pero debemos partir de ésta para llegar a aquellas. Es Dios quien nos enseña a ser padres y madres y no al revés. Tenemos que dejar de lado todas las caricaturas de Dios: vengativo, castigador, incapaz de perdón, hecho a imagen y semejanza del hombre. Un Dios-Ley, un Dios arbitrario, antojadizo, del que sólo conocemos su poder que a veces nos aterra o un Dios bonachón, permisivo, indiferente. En Jesús tenemos que conocer al Padre para anunciarlo a nuestros hermanos y aprender de él a ejercer la paternidad y la maternidad, no sólo física, sino también espiritual.

Donde hay un padre, una madre, hay necesariamente un hijo, una hija. Por eso, si la mayor revelación sobre Dios es la de su paternidad, la mayor revelación sobre cada uno de nosotros es nuestra filiación divina. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza para que podamos incorporarnos a su Hijo único y compartir su filiación y su herencia. Creer esto es reencontrar nuestras raíces, recibir con amor las señales indelebles del amor del Padre y de nuestros padres humanos que están impresas en lo más profundo de nuestro ser.

Y vine al mundo

Jesús tiene también una genealogía, una historia humana, que como nuestra propia historia, como la de la Iglesia, la de la primera evangelización, la de nuestros monasterios, no tiene la pureza y la santidad del origen (Cf. *Mt 1, 1-16; Lc 3, 23-36*), está marcada por el pecado

Junto a un amor que es plenitud de don hay una historia de pecado, de miseria, un gemido del mundo que anhela la libertad de los hijos de Dios (*Rom 8, 22-23*).

He visto la miseria de mi pueblo... he escuchado su clamor. Conozco sus angustias, he decidido liberarlo... y hacerlos subir al país que mana leche y miel (Ex 3,7), dice Dios. Y Dios (el Padre) *amó tanto al mundo, que le envió a su Hijo único (Jn 3, 16)*. La Palabra, que al principio estaba en Dios, se hizo carne y habitó entre nosotros, para dar testimonio de la luz (*Jn 1, 14 y 7*). Aquí comienza toda misión evangelizadora.

Este “venir al mundo” es un entrar en el mundo identificándose con él. El Hijo de Dios asume los límites de tiempo y espacio, de temperamento, de familia, de cultura, *él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado (Hebr 4, 15)*. Esta excepción es la que posibilita el Evangelio, porque venía a transformar el mundo desde dentro, a “transformar los criterios de juicio, los valores determinantes, los modelos de vida de la humanidad” y si la sal ha perdido su sabor, si la levadura no tiene fuerza o se convierte en “levadura de los fariseos” (Cf. *Mc 9, 50 y 8, 15*) ya no sirve para nada.

Jesús viene al mundo y envía a sus discípulos al mundo. ¿A qué mundo? A un mundo que muchos autores describen como lleno de ídolos, con una fuerte crisis de paternidad, un tiempo de orfandad y de dificultad para asumir el amor paterno en toda su riqueza, un tiempo en el que es difícil combinar la ternura con la capacidad de establecer lo que es recto, lo que es claro, lo que es conveniente. A este mundo viene Jesús y a él somos enviados también nosotros para revelar al Padre y el misterio de nuestra filiación. Esta revelación es especialmente importante para un mundo que, fascinado por sus progresos, se siente cada vez más autónomo, con dificultades para aceptar ciertas propuestas éticas, con deseos profundos de ser señor de sí mismo, que, aparentemente no necesita de Dios y, por la aceleración del cambio, tiene a veces problemas para reconocer su filiación y asumir su herencia pero que por eso mismo acaba profundamente desgarrado por la soledad, la violencia, la angustia.

Ante este desafío surgen algunas preguntas: ¿somos hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Aceptamos sus límites, asumimos sus gozos y sus esperanzas, sus angustias y sus interrogantes como lo hicieron nuestros fundadores? Nuestra fe ¿está inculturada? Para que sea “una fe plenamente acogida, enteramente pensada, vivida en toda fidelidad” Y al mismo tiempo

¿podemos decir: *el príncipe de este mundo no tiene nada en mí (Jn 14, 30)*, en mis criterios, en mis valores determinantes, en mis intereses, en mi forma de vida?

Jesús viene al mundo para ser testigo del verdadero Dios frente a la proliferación de los ídolos. Pero el testigo es el que ha visto y oído (1 Jn 1, 3), el que a través de una relación de intimidad puede conocer y dar a conocer. La oración es el vínculo permanente de Jesús con la fuente, el corazón misericordioso del Padre que ama a los pobres, a los pequeños, a los pecadores, como una madre que se inclina con mayor solicitud hacia su hijo más necesitado.

Jesús *siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Co 8, 9)*, él que *era de condición divina... se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres... se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz (Flp 2, 6-11)*. Su estar en el mundo fue un amor hasta el fin (*Jn 13, 1*), que pasa por el servicio humilde y la entrega en una nueva “encarnación” – ahora sacramental – no ya en la naturaleza humana sino en la materia.

Toda misión al mundo, también la nuestra, tiene que ser “eucarística”, pan partido – y comido – para la vida del mundo. Pero no todo pan da la vida de Dios, sino sólo el pan consagrado, cuando *ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Ga 2, 20)*.

Cristo ha llegado hasta el anonadamiento para anular toda separación; en la total pobreza del grano caído en tierra y muerto, el amor inaccesible del Padre ha empezado a brotar de la tierra. En el extremo de la kénosis, cuando la parábola de Jesús se ha hundido en los infiernos, la revelación – el evangelio – se hace patente aún para los paganos: ... *verdaderamente éste es el Hijo de Dios (Mc 15, 39)*.

Ahora dejo el mundo y voy al Padre

La parábola que nace en el infinito del seno del Padre, se sumerge en el corazón del mundo por la encarnación y vuelve a elevarse hacia la infinita plenitud de la Trinidad.. El fin de la misión es la glorificación de Dios, porque ese es el destino último del hombre: *para alabanza de su gloria (Ef. 1, 12)*. Dice san Ireneo que “la gloria de Dios es el hombre vivo”, liberado, plenamente humano y “la vida del hombre es la contemplación de Dios” y podríamos añadir “y la proclamación de sus maravillas como en María.

La “misión” tiene un primer movimiento descendente, de “entrega”, el de la encarnación, que parte del Padre, quien “entrega” a su Hijo al mundo (*Jn 3, 16*), que pasa por la “entrega” libre del Hijo (*Mc 14, 18*) y se concreta históricamente en la “entrega” de los hombres: Judas, “el que lo entregó” (*Mt 10, 4*), el Sanedrín que lo “entrega” a Pilato (*Mt 27, 2*) y éste, a su vez, lo “entrega” al pueblo para ser crucificado (*Lc 23, 25*). En la cruz Jesús “entrega” su Espíritu (*Jn 19, 30*) y guiados por él los Apóstoles van a “entregar” a Cristo a los fieles, no sólo en forma de Evangelio (*Mc 16, 15*) sino también en la celebración eucarística (*1 Co 11*).

Esta entrega por parte de los Apóstoles es al mismo tiempo un “ser entregados” (*Lc 21, 26*) que inicia el segundo movimiento de la misión, un movimiento ascendente de atracción. Porque cuando Jesús es elevado “atrae” a todos hacia sí (*Jn 12, 32*), pero nadie puede ir a Jesús si el Padre no lo “atrae” (*Jn 6, 44*) y lo incorpora al movimiento de retorno (*Ef 4, 8*).

Así, al fin del mundo, cuando todo se haya cumplido, Cristo entregará el Reino al Padre (*1 Co 15, 24*), quien lo glorificará y someterá todo bajo sus pies (*1 Co 15, 23*).

Este movimiento completo ya se ha cumplido en Jesús y en su Madre, asociada a él. Él puede decir: *He cumplido la misión que me diste (Jn 17, 4)*. Ese es el fundamento de nuestra esperanza, que redime nuestra fatiga e impulsa nuestra misión: saber que somos miembros de un Cuerpo cuya Cabeza descansa ya en el seno del Padre.

*Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza
Casilla de Correo 138
S2300WAB Rafaela
Argentina*